

EN BUSCA DE UN CUARTO PROPIO

Las huellas de Jane Austen en Virginia

Woolf

Índice

Introducción.....	3
El matrimonio cómo única profesión para las mujeres	6
Una educación para mujeres.....	14
Bibliografía.....	21

Introducción

Es una verdad conocida universalmente que todo libro alguna vez escrito debe huir de cualquier atisbo de originalidad. Las ideas primigenias se hallan tan alejadas de nuestro mundo presente que es imposible no dudar sobre si alguna vez existieron. Y yo me inclino a pensar que no. Cualquier idea, cualquier frase, cualquier personaje de novela, cualquier frase bien hilada es una burda copia de la creación de alguien (al que el tiempo ha hecho parecer) más inteligente y hábil.

Lejos de rasgarnos las vestiduras y clamar al cielo en busca de que las musas nos den algo enteramente nuestro, debemos aceptar al ser humano dentro de su tradición. En una multiplicidad de voces disidentes, de debates infinitos, solo se puede pretender derribar las torres en las que se haya el conocimiento para que toda voz se escuchada, especialmente las que alguna vez intentaron ser acalladas.

Siguiendo a Joana Russ en su libro *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, vemos que a menudo las mujeres que escriben han sido catalogadas como anomalías, como un suceso extraordinario. Russ examina como el porcentaje de escritoras que aparecen en recopilaciones y que se enseñan en las escuelas es ínfimo. Se las ve como algo surgido de la nada sin ninguna conexión con otras autoras. Es así como se nos despoja de una tradición de mujeres que a lo largo de la historia han hecho pequeñas aportaciones que no han sido recogidas ni continuadas. Como dice Russ: “creo que considerar que las escritoras son anomalías —gracias al doble rasero del contenido y al hecho de que la escritora queda aislada de la tradición femenina— es el medio definitivo para asegurar la marginalidad femenina” (Russ, 2018, pág. 159). Ya no es solo estar excluidas respecto a los hombres, sino que casi es imposible crear cualquier corriente de pensamiento femenina. Sin embargo, estos intentos de marginación no han conseguido su objetivo por completo.

Es innegable que existe una tradición de mujeres, por mucho que se intente silenciar y de ello son prueba muchas autoras. Virginia Woolf es hija de muchas mujeres menospreciadas, acalladas y consideradas de “segunda categoría”. Las hermanas Brönte, George Elliot y su propia experiencia le enseñaron lo difícil que era hacerse un hueco en la literatura siendo mujer. Entre todas ellas, Jane Austen ha marcado especialmente el recorrido de Virginia Woolf y le ha influido tanto como en su literatura como en su filosofía.

Jane Austen ha sido una de las escritoras que más presencia tiene en la obra de Virginia Woolf, de tal forma que podemos llegar a conocer una reivindicación escondida en su obra a través de la visión de Woolf. Desde luego, este sendero desemboca en la construcción de un espacio propio al que ambas llegan siguiendo este camino que cada mujer debe recorrer.

La primera huella que deja Jane Austen en Virginia Woolf tiene que ver con la independencia y la posibilidad de tener ideas propias; el dinero. Por ello, llegamos a la imposibilidad de las mujeres de principios del siglo XX para conseguir un trabajo digno que le permita vivir con cierta independencia. Durante siglos, el matrimonio ha sido la única profesión de las mujeres. Además, una que las mantenía atadas al espacio de los hombres. Jane Austen critica el matrimonio de una forma muy sutil en sus novelas. A la crítica explícita contra el matrimonio por conveniencia, se une una crítica implícita a la idea del matrimonio como salvación de las mujeres. Mary Wollstonecraft es una de las pocas que se atrevió a desafiar la idea de matrimonio. Cómo predecesora y punto en común de ambas autoras nos llevará de la mano hasta la siguiente huella; la educación.

Los hombres se quejan de que las mujeres son seres sin virtud y sin ningún interés en ningún tema político. Frente a esto, Wollstonecraft dice que a las mujeres se las crea así al aislarlas de cualquier clase de educación. Se suele decir Jane Austen realiza una novelización de las ideas de esta filósofa y eso queda patente en la importancia que tiene la instrucción en sus novelas. Ninguna de sus protagonistas carece por completo de educación. En cuanto a Virginia Woolf, podemos observar cómo critica la exclusión que sufren las mujeres en las universidades, a las que ella misma no tuvo la oportunidad de asistir. Sin embargo, a diferencia de Wollstonecraft, ella no quiere entrar en esa jaula ideada por los hombres para los hombres, sino que quiere encontrar su propio espacio en el que poder establecer un diálogo entre iguales. En definitiva, quiere construir una habitación propia.

La tercera y última huella es la ira, contra la que Virginia Woolf carga. La ira de los profesores expuesta en *Una habitación propia* intenta arrastrarla hacia sus propias dinámicas donde los hombres son los reyes. De Jane Austen elogia que ha conseguido que la frustración de la situación al que se vio condenada como mujer no traspasara a su obra. En su lugar, consiguió crear con sus novelas un lugar en el que las mujeres

se sintieran a salvo, aunque como pago obtuvo el olvido y la consideración de “literatura para mujeres”. Sin embargo, mejor estar fuera que dentro y eso se puede ver en cómo Woolf plantea la Sociedad de las Extrañas en *Tres guineas*.

Para concluir, el objetivo de este trabajo es demostrar la relación existente entre las dos autoras en relación con estos tres puntos en común. Como objetivo secundario quiero hablar del espacio que intentó crear Virginia Woolf, desde que me gustaría hacer una reivindicación de la literatura “para mujeres”. Nuestra tradición todavía no ha llegado a su culminación.

El matrimonio cómo única profesión para las mujeres

Hay muchas cosas que una persona necesita para escribir. Para empezar, debe contar con una educación que te permita interesarte por los temas que quieras exponer y desarrollar. También debes poseer un espacio adecuado para hacerlo o las interrupciones te sacaran de tu mundo muchas veces a lo largo de una jornada. Sin embargo, la más importante es tener algo que llevarse a la boca. Sin comida el cerebro no funciona, y si el cerebro no funciona, las palabras no brotan.

El dinero me parece un tema tan bueno como cualquier otro para empezar a hablar de las carencias de las mujeres a la hora de escribir, que desde luego no se deben a una falta espiritual, sino a una falta material. Es imposible querer expresar algo de la índole que sea cuando tu mayor preocupación es el riesgo de quedarte sin nada si no consigues un buen marido.

Desde luego, otra cosa que necesita una mujer para escribir es tener ideas propias. Si el marido la encierra en el mundo doméstico y su padre no le da acceso a una educación, la mujer no podrá tener la independencia necesaria para poder pensar por sí misma. Hablando de independencia volvemos otra vez al tema principal que nos ocupa aquí; el dinero y cómo las mujeres pueden conseguirlo.

En el segundo capítulo de *Tres guineas*, Virginia Woolf aborda una petición de ayuda económica de una asociación que busca ayudar a las mujeres a obtener una profesión. El tema de este ensayo es cómo las mujeres pueden intentar detener la guerra. Para poder ejercer una influencia indirecta sobre este tema deben tener una cierta independencia de los hombres para poder hablarles como una igual y no como una subalterna que no sabe ocupar su lugar. También debe tener una idea contraria a la mayoría de los hombres de la época de Woolf; la guerra es algo violento que debe ser impedido.

Woolf accede a donar esa guinea para ayudar a las mujeres a conseguir una profesión, “porque ayudar a las mujeres a ganarse la vida con su profesión es ayudarlas a poseer el arma de la opinión independiente, que es todavía su arma más poderosa” (Woolf, 2020, págs. 239-240). Sin embargo, esto no es una tarea fácil. En *Una habitación propia*, Woolf se siente decepcionada por la diferencia entre un almuerzo servido en una residencia masculina frente al de una residencia femenina. Este era mucho más

escaso y pobre, lo que lleva a Woolf a tener una discusión con Mary Seton sobre la pobreza de su sexo. ¿Por qué sus madres no habían ahorrado algunas libras para costear su educación?

Las mujeres en lugar de embarcarse en largos viajes en busca de una renta cuantiosa se habían quedado en la comodidad de su hogar, criando a su descendencia. Woolf empieza culpando a las madres de no haberles podido otorgar tanta riqueza como los padres a sus hijos; “pero si Mrs. Seton y las otras se hubiera dedicado desde lo quien años a los negocios no hubiera habido —ahí estaba la falla del argumento— ninguna Mary” (Woolf, 2020, pág. 32).

Las mujeres han estado tan relegadas al ámbito doméstico que las tareas propias de esta profesión no remunerada habían ocupado toda la vida de las mujeres sin dejarles un atisbo de libertad. Como bien expresa Virginia Woolf, “hacer una fortuna y tener trece hijos: no hay ser humano que dé para tanto” (Woolf, 2020, pág. 33). Aún con todo, seguro que alguna mujer rebelde hubiera renunciado a su familia por hacer una pequeña fortuna para una única hija ilegitima, si los hombres lo hubieran permitido. Lo cierto es que a la mujer no le había sido permitido tener una profesión durante siglos. Sin embargo, en los tiempos en los que escribe Woolf hacía ya unas décadas que esto era posible. Lo sorprende era, sin duda, que la pobreza no había disminuido.

Volviendo al segundo capítulo de *Tres guineas*, Woolf analiza los sueldos de los funcionarios y se da cuenta de que a las mujeres se las contrata menos y se les pagaba un sueldo muy inferior al de los hombres. Como toda injusticia, esto tiene un motivo de ser:

Marido y mujer no solo son una misma carne; también son una misma bolsa. El sueldo de la esposa es la mitad de los ingresos del marido. El hombre cobra más que la mujer precisamente por esta razón: porque tiene que mantener a la esposa (Woolf, 2020, pág. 234).

Por ello el hombre recibe un salario significativamente mayor. No solo necesita mantenerse a él mismo, sino a una casa, unos hijos y compartir lo sobrante con una

mujer. Desde luego, ella dispondrá de este pequeño beneficio de igual manera que su marido y podrá gastarlo en lo que ella guste.

En ese caso, ¿por qué las asociaciones de mujeres reciben menos financiación? Las madres siguen sin poder construir una residencia adecuada para sus hijas. Está claro que las mujeres no usan ese dinero para su beneficio. Para Woolf esto tiene dos explicaciones:

la primera es que es el más altruista de los seres y prefiere gastar su parte del fondo común en las causa y placeres el marido; la segunda, más probable pero menos honrosa es que no es el más altruista de los seres, sino que su derecho espiritual a la mitad de los ingresos del marido se reduce en la práctica al derecho a pensión completa y a una pequeña asignación anual para gastos menudos y ropa (Woolf, 2020, pág. 237).

Las mujeres dependen de la limosna que les da su marido. Además, cuando intentan ganarse su propio dinero se encuentran con la barrera de lo que se considera “deshonroso” para ellas y del poco salario que poseen. De esta forma, ¿cómo puede hallar la ansiada independencia de ideas?

En un mundo, los hijos de los hombres instruidos trabajan como funcionarios, jueces, militares, y se les paga por ese trabajo; en el otro mundo, las hijas de los hombres instruidos trabajan como esposas, madres e hijas... ¿pero se les paga por ese trabajo? (Woolf, 2020, pág. 233).

La cuestión es que durante mucho tiempo el matrimonio ha sido la única profesión de las mujeres, donde el nulo salario les ha impedido tener alguna clase de independencia. La crítica al matrimonio de Woolf consiste en que durante mucho tiempo ha subordinado a las mujeres al dominio económico de su marido, al que tenían que “cazar” para tener alguna posibilidad de subsistencia. Aquí en el primer punto donde Woolf confluye con Jane Austen.

A menudo las novelas románticas de Jane Austen son dejadas de lado por la creencia de que no tienen un mensaje profundo o incluso una crítica a la sociedad. Que esta autora no hable desde la ira no implica que en sus escritos halla una crítica al matrimonio. Es más, podemos encontrar dos tipos de críticas.

La primera de ellas es una crítica explícita al matrimonio de conveniencia. Todas sus protagonistas se casan por amor y ni una sola se plantea casarse para salvar su vida y tener algo que llevarse a la boca. Sobre todo, podemos ver esto en la protagonista de *Orgullo y prejuicio*.

La familia Bennet se enfrenta a una gran amenaza. Al tener cinco hijas y ni un solo hijo varón, la casa familiar será heredada por un primo lejano al que apenas conocen. El mayor temor de la señora Bennet es que termine echándolas de su casa al morir su marido y se vean en la calle sin dinero. Esto la lleva a una desesperación para poder casar a sus hijas con un hombre que pueda darles una buena vida. Sin embargo, estos temores no logran domar el espíritu de Elizabeth Bennet que rechaza la posibilidad de casarse, en especial si no es por amor. Este rechazo la lleva a rechazar la propuesta de matrimonio del señor Collins, el insufrible heredero de su casa. Ante una vida de sermones religiosos Lizzy prefiere quedarse en la incertidumbre que en la seguridad de una vida infeliz. Cuando su amiga y vecina Charlotte Lucas acaba aceptándolo como esposo, Lizzy no puede hacer más que comparecerla.

Sin embargo, lo que llega a ser más sorprendente, rechaza también la propuesta de matrimonio del señor Darcy, que al final de la novela acaba convirtiéndose en su esposo. En el momento de su primera pedida, ella piensa que es un hombre egoísta, orgulloso e injusto. Además, la fortuna que posee y que puede salvar a su familia ni siquiera hace que por un momento se plantee aceptar su propuesta. La crítica explícita es clara en el momento en el que Lizzy solo acepta a Darcy cuando ella realmente lo ama.

Me gusta imaginarme a dos tipos de lectoras de novela romántica en el siglo XIX. La primera de ellas cerraría el libro suspirando por Darcy, por un hombre que no solo le dé la vida que merece, sino que también la amé. La segunda cerraría el libro con furia, miraría la casa que está a punto de perder y diría en voz alta que a ella ningún señor Darcy iría salvarla, quizá ni siquiera un señor Collins. Maldeciría su suerte por ser mujer y no poder hacer nada por sí misma porque se le ha negado tener cualquier

clase de propiedad. Lizzy puede permitirse rechazar a su primo e incluso una primera vez a un hombre como Darcy. Ella tiene suerte hasta el último momento de la novela, donde su futuro marido llega incluso a hacerle una segunda propuesta, lo que incluso Lizzy no creía posible. Una serie de casualidades la lleva a tener su final feliz, ¿pero a cuántas mujeres les sucede esto? Aquí es donde se halla la crítica implícita al matrimonio. Es la imposibilidad de salvarse a sí misma e incluso tener renunciar a su personalidad porque un hombre las acepte, como señalan Sandra M. Gilbert y Susan Gubar en *La loca del desván. La escritura y la imaginación literaria del siglo XIX*.

Antes de subyugarse al marido, las mujeres deben recluirse en la casa de su padre, que en la obra de Jane Austen es un espacio represivo que evita que las protagonistas puedan desarrollar su personalidad e intereses. Por ejemplo, como bien apuntan Gilbert y Gubar, en *Orgullo y prejuicio* solamente el padre de la familia Bennet puede aislarse de su familia al poseer una biblioteca y desde luego ninguna de las hijas posee un cuarto propio. Este aburrimiento doméstico, en el que las hijas no pueden crear sus propias reglas, les impulsa a realizar una tarea concretar; buscar a un marido que les saque del mundo paterno para encerrarlas en su propio espacio masculino.

Harían y hacen todo lo posible por “atrapar” hombres, pero deben aparentar ignorancia, modernista e indiferencia hacia la pasión amatoria. Austen muestra cómo la ficción romántico popular contribuye a la noción tradicional de que las mujeres no tienen otro objetivo legítimo más que amar a los hombres y cómo esta asunción se encuentra en las raíces del narcisismo, masoquismo y artificio “femenino” (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 131).

Esta reclusión las lleva a tener una imaginación creativa que en la mayoría de los casos desemboca en una rebeldía. Continuando con el caso de Lizzy en *Orgullo y prejuicio*, mientras su hermana Jane se queda en casa afligida por un desamor, ella acepta una invitación de viaje para vivir nuevas experiencias, y encontrarse por casualidad con Mr. Darcy. Las protagonistas se embarcan en un viaje metafórico en el que el movimiento de su rebeldía puede llevarlas a la ruina o la felicidad marital. Sin embargo, siempre deben aguardar una casualidad que las arranque del seno paterno,

pero nunca pueden ser ellas mismas las que decidan irse. “Ninguna tiene el poder de trazar su propio itinerario y ninguna sabe hasta el último momento si la llevarán a un viaje del que suele depender hasta el último momento su felicidad” (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 135). Como también apuntas las autoras de *La loca del desván*, “todas las heroínas que rechazan a sus padres inapropiados participan en la búsqueda de hombre mejores y más sensibles que, sin embargo, sigue siendo los representantes de la autoridad” (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 165). De esta forma, las protagonistas deben abandonar su propia rebeldía para encajar la autoridad del marido. Incluso la rebelde Elizabeth Bennet abandona el carácter que la llevó a rechazar a Mr. Collins, para acatar lo que ser la esposa de Mr. Darcy le exigía. Cuando Lady Catherine de Brough, tía de este, aparece en casa de los Bennet para exigirle a Lizzy que niegue el compromiso que le une con Darcy, pues se suponía que este debía prometerse con su hija, Elizabeth termina cediendo y contándole la verdad. Es justo esta conversación la que produce la segunda proposición de Mr. Darcy y que lleva a Lizzy a ocupar el puesto pasivo de señora de Pemberly.

Sin embargo, no es la única novela donde pasa. Vemos a Emma en su novela homónima haciendo de casamentera por puro aburrimiento. Su única tarea es cuidar de su padre, la misma que la aleja del matrimonio, pues no quiere dejar a su padre desamparado. Como no puede ilusionarse con una trama amorosa propia, arrastra a Harriet Smith en sus juegos e intenta buscarle un marido por encima de su clase social.

Si Emma es una artista que manipula a la gente como si fueran personajes de sus relatos, Austen destaca no sólo la inmoralidad de esta actividad, sino su causa o motivo: salvo calmar a su padre, Emma no tiene nada que hacer. Dado su inteligencia e imaginación, sus intentos impacientes de transformar la realidad mundana son muy comprensibles (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 169).

Sin embargo, al igual que pasa con Elizabeth Bennet, Emma debe abandonar esta pretensión y su fracaso es tan solo un paso vital más para ocupar el sitio donde corresponde: al lado de un marido. Su vecino Mr. Knightley es el único que se atreve a regañarle por este comportamiento de forma severa, hasta tal punto que Emma solo desiste en su tarea cuando se da cuenta de sus sentimientos por este. Sabe que para

obtener su aprobación no solo tiene que dejar de lado su faceta de celestina, sino que también deberá competir con su amiga Harriet, quien también desea casarse con Mr. Knightley. Al final ambas mujeres ocupan su lugar. Emma como esposa del hombre que la ha sacado de su rebeldía y Harriet Smith al lado de Robert Martin, un hombre de su clase social al que Emma había desestimado como posible marido de su amiga.

Por otro parte, en *Sentido y sensibilidad*, vemos como las hermanas Dashwood son dos caras de la misma moneda. Mientras Elinor acata con sentido común su lugar y actúa en consecuencia, Marianne es un torrente emocional de rebeldía cargado de sensibilidad. El resultado es bastante predecible. Elinor consigue casarse, por medio de muchas casualidades, con Edward Ferrars, hermano de su cuñada y por quien se siente atraída desde el inicio de la novela. Por el lado contrario, Marianne desprecia los sentimientos que el coronel Brandon, un hombre serio y honrado, tiene por ella y su sensibilidad la hace lanzarse a los brazos de Mr. Willoughby. Cuando este desaparece, Marianne se ve abocada a un terrible desamor que la lleva a enfermar. Por suerte, consigue recuperarse, pero esta aventura le hace tener un poco del sentido de su hermana y termina enamorándose de las virtudes del señor Brandon, para luego casarse con él.

De esta forma, las mujeres deben renunciar a sí mismas para encajar en ese modelo que la sociedad les impone. Austen critica justo este hecho mediante una contradicción. Cuando las mujeres parece que se pueden librar de la custodia parental y ser un poco más libres, se subyugan ante una autoridad mucho más inflexible.

La división de Austen —su fascinación por la imaginación y su ansiedad porque no es femenina— forma parte de su conciencia del dilema único de todas las mujeres, que deben aceptar su posición como objetos tras una adolescencia en la que se experimentan como agentes libres (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 171).

Antes esto, las protagonistas de las novelas románticas de Jane Austen solo pueden disfrutar de esta rebeldía cuando son adolescentes y el aburrimiento se apodera de ellas. A menudo, uno de los reproches que se les hacía a las mujeres de esta época era que solo se preocupaban de cosas banales, sobre todo de su aspecto y de la tarea de

cazar un buen marido. Por supuesto, esto ocupaba todo su tiempo, así que no se interesaban por la virtud ni por la educación. Mary Wollstonecraft, que influye tanto a Austen como a Woolf, hace una defensa de las mujeres. Si se decidan a estos asuntos es justo porque se les niega la entrada al mundo real, donde puedan decidir a qué dedicar su tiempo y dónde el aburrimiento no se las lleve. Esta cuestión nos lleva a la obra de *Vindicación de los derechos de las mujeres*, donde la educación tiene una gran relevancia para salir de esa exclusión. Para Woolf, la educación será uno de los puntos más importantes para que las mujeres puedan escribir y un paso necesario para la construcción del cuarto propio.

Una educación para mujeres

La educación siempre ha tenido el objetivo de crear expertos en los campos de conocimientos. Los hombres con educación que se hacían expertos en derechos se convertían en grandes abogados, los expertos en física en grandes científicos y lo mismo sucedía con los expertos en medicina. La sociedad se inclinaba ante su gran conocimiento y lo admiraba por las cosas que solo ellos sabían. Pero ¿cómo se educa a la mujer para su única profesión?

Virginia Woolf lo tiene muy claro. Es la educación gratuita a mano de los cinco maestros de las mujeres los que las moldean al tamaño y gusto de los hombres, para que sean ellos mismo quienes las desprecien por sus nulos conocimientos. La reclusión en casa de su padre hace que las mujeres no tengan otro que hacer que preocuparse por sí mismas, por su belleza y por sus modales, de tal forma que solo adquieren un conocimiento vacío de toda virtud. En palabras de Wollstonecraft:

es, por supuesto, muy natural que una niña, condenada a permanecer sentada durante horas, escuchando la boba charla de niñeras débiles o asistiendo al arreglo de su madre, trate de unirse a la conversación; y que imite a su madre o a sus tías y se entreteenga adornando a su muñeca sin vida lo mismo que hacen con ella, pobre niña inocente, es sin duda la consecuencia más natural (Wollstonecraft, 2018, pág. 163).

Según Wollstonecraft, los hombres relegan a las mujeres a un espacio cerrado, donde se les dice que ellas no son válidas para alcanzar el conocimiento. Desde niñas, se ven obligadas a interiorizar el comportamiento que los hombres impusieron a sus antepasadas. Para ellas es imposible ansiar algo distinto, pues no conocen más que una débil luz que se cuela por el resquicio de la puerta de la habitación de su hermano. Su único objetivo es salir del espacio de su padre y para ello se debe hacer apta para su marido, como ya hemos visto. Por ello, la educación gratuita de la que hablaba Virginia Woolf les relega a un estado de infancia en el que no loran alcanzar la “mayoría de edad” que se busca en la Ilustración. Se ven obligadas a coger lo que está al alcance de su mano porque la puerta principal de su casa solo conduce a otro cuarto de hombres.

Desde su infancia se les dice a las mujeres, y lo aprenden del ejemplo de sus madres, que un pequeño conocimiento de la debilidad humana, denominado justamente astucia, un genio suave, obediencia externa y una atención escrupulosa a una especie de decoro pueril les obtendrá la protección de los hombres; y si son hermosas, no se necesita nada más, al menos durante veinte años de sus vidas (Wollstonecraft, 2018, pág. 130).

Y por esto que está marginación y el encierro crea el estereotipo que los hombres repudian. Ellos mismos crean mujeres que solo se preocupan por lo que ellos consideran asuntos banales, como el amor, las pasiones, la belleza, los modales, etc., sin tener ninguna preocupación por las ciencias o las letras. Al mismo tiempo, los hombres desprecian este conocimiento al considerarlo de mujeres y les niegan a estas el acceso a otra clase de educación al considerar que sus cerebros solo pueden dedicarse a otros asuntos.

Desde luego, la solución más acertada que propone Wollstonecraft en *Vindicación de los derechos para las mujeres* es el acceso a esta educación. Lo que ella dice es que los hombres deberían dejar entrar a las mujeres en sus espacios para que ellas tengan también la oportunidad de crear un cuarto propio, distinto al de sus madres y tíos. Sin embargo, esto tiene por supuesto sus inconvenientes, que los hombres de la época nunca hubieran aceptado.

Fortalezcamos la mente femenina ensanchándola y será el final de la obediencia ciega; pero como el poder busca la obediencia ciega, los tiranos y sensualistas están en lo cierto cuando tratan de mantener a la mujer en la oscuridad, porque el primero solo quiere esclavos y el último un juguete (Wollstonecraft, 2018, pág. 135).

Si volvemos al apartado anterior, podemos recordar que una de las cosas que Woolf piensa que las mujeres necesitan para escribir es independencia de opinión, y para conseguir eso necesita independencia de los hombres. Siguiendo a Wollstonecraft,

negarles la educación es solo un intento pueril de mantener a las mujeres bajo el dominio masculino para que no puedan salir de las cárceles que han creado y que denominan “asuntos de mujeres” con gran cinismo.

De hecho, la educación de las mujeres no solo les beneficiaría a ellas, sino toda la humanidad entera. No tiene sentido relegar a la mitad de la población a los asuntos banales mientras se obligan a la otra mitad a alejarse por completo de ellos. Lo único que hace es desperdiciar potencial y ocupar puestos con hombres de mentes vacías que solo ansían el reconocimiento.

¿Cómo podemos conseguir que las mujeres tengan una educación de calidad? Para obtener la respuesta debemos viajar un poco hacia al futuro, hasta Virginia Woolf, quien habla de este tema en el primer capítulo de *Tres guineas*. A principios del siglo XX las mujeres ya tenían acceso a una educación, pero esta seguía siendo insuficiente. ¿A qué se debe esto? Y, más importante, ¿cómo podemos solucionarlo?

Si examinamos con detenimiento el problema que Virginia Woolf no plantea, volvemos en un círculo vicioso al inicio del primer párrafo de este trabajo; las mujeres no tienen dinero. ¿Por qué? En esta ocasión se nos presenta a Mary Kingsley, hija de un hombre con educación. Mientras que su hermano además de ir a la universidad ha podido completar su formación con viajes y cultura, la única educación de pago que ella ha recibido han sido unas clases de alemán. Por ello, Virginia Woolf habla del Fondo para la Educación de Arthur.

Todas las familias deben hacer un esfuerzo económico para que sus hijos puedan tener una educación completa y de calidad. Padres, hermanas y puede que incluso abuelos aportan dinero a esta causa para que los hijos de los hombres con educación puedan convertirse en hombres con educación de plena derecho. Entonces, ¿qué pasa con las hijas? Nada. Son abandonadas. Y un gran “no” se ciñe sobre sus cabezas cuando aspiran a otra cosa que no sea encontrar marido.

Este es el efecto que el Fondo para la Educación de Arthur tiene en nosotras.

Altera el paisaje de manera tan mágica que a menudo los nobles pabellones y patio de Oxford y Cambridge son para las hijas de los hombres instruidos como enagua con agujeros, piernas de cordero frías y el tren que en laza con el buque hacia el

extranjero poniéndose en marcha mientras el jefe de ferrocarril les cierra la puerta en las narices (Woolf, 2020, pág. 157).

Lo que Virginia Woolf quiere decir es que las hijas de los hombres con educación ven las puertas de las universidades cerradas para ella, como a la propia autora le sucede en *Una habitación propia*, episodio del que luego hablaré. Lo que para los hombres con educación es un cuarto de enriquecimiento y conocimiento, para sus hijas es un ferrocarril que parte sin que ellas puedan comprar un billete.

Con vistas al matrimonio se educaba su cuerpo; se le asignaba una doncella; las calles le estaban prohibida; los campos le estaban prohibidos; la soledad le era negada..., se le imponía todo esto a fin de que conservara el cuerpo intacto para su marido. [...] El matrimonio era la única profesión a su alcance (Woolf, 2020, pág. 208).

De esta forma, la única educación que recibían las mujeres era impartida por los cinco maestros; la pobreza, la castidad, la burla y la libertad con respecto a lealtades irreales. Con esto último Woolf se refiere a la libertad segada de las mujeres por su apego a las viejas escuelas, las cuáles las excluían de todas las profesiones, se burlaban de sus intentos de emancipación y las obligaban a hacer voto de castidad. Gracias a todo ello las mujeres se preparaban, por y solo para, el matrimonio.

Jane Austen hizo a sus protagonistas hijas de hombres con educación, clase social a la que ella misma pertenecía. Sus heroínas recibían una buena educación. Todas salvo Catherine Morland, quien aprendió todo lo que sabía a través de las novelas y quien al salir al mundo tuvo que desaprender, librarse de engaños y tomar como marido a quien había sido su mentor.

Siguiendo las ideas de Gilbert y Gubar en *La loca del desván*, podemos ver cómo la falta de educación de Catherine hace que los personajes a su alrededor la encierran en ficciones sobre ella que ellos mismos han creado. El primer engaño está constituido por los Thorpe, quienes quieren arrastrar a Catherine a su mundo de héroes

románticos en busca de un buen compromiso por amor. En segundo lugar, el general Tilney intenta convertirle en la esposa para su segundo hijo, pues John Thorpe, en un intento de alardear de la que pensaba que se convertiría en su prometida, le cuenta que esta es una gran heredera. Después, cuando es rechazado, le dice que tiene menos dinero del que realmente posee. En medio de esta artimaña, Henry Tilney es quien devuelve a Catherine a la realidad, quien la saca de su mundo fantasioso entre risas para atraparla en su propio espacio masculino, que no deja de ser otra ficción.

Empezando por el engaño de los hermanos Thorpe, Isabella pasaba el tiempo entre suspiros y desmayos intentando conquistar al hermano de Catherine con sus encantos, mientras que John hacía lo propio con Catherine desde su masculinidad. No dudaba en mentir para hacerse ver como mejor partido que Henry Tilney. Hasta el punto de que en repetidas ocasiones saboteaba sus quedadas dejando en mal lugar a Catherine.

Lo que hacen ambos Thorpe es engañarla a ella y sobre ella hasta que se encuentra atrapada en una serie de ficciones coercitivas de su invención. Catherine se convierte en el peón del argumento de Isabella, concretamente en el tímido romance dramática con James Morland en el que Catherine se supone que representa el papel de amiga íntima de una Isabela desvaneciente y ruborizada [...]. De modo similar, John Thorpe construye una serie de ficciones en las que Catherine es primero objeto de sus propios designios amorosos y luego una rica heredera a quien el general Tilney puede novelizar más (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 142).

Poco a poco Catherine empieza a formar parte de esta fantasía en la que la han encerrado. Ella debía ser la amiga íntima de su cuñada y esposa de John Thorpe, hermano de esta y mejor amigo de James. Sin embargo, a Catherine no le gustaba este encierro involuntario al que le sometían y no tuvo reparos en escapar tras la petición de matrimonio de John. Aceptó la invitación de los Tilney a visitar la abadía Northanger, domicilio con la familia. Sin embargo, no esperaba volver a caer en otra ficción.

Al mostrar que Catherine Morland está atrapada, no dentro de la abadía en general, sino dentro de su ficción, un cuento en el que figura como una heredera y, por lo tanto, como una esposa apropiada para su segundo hijo. Es más, aunque pueda ser menos obvio, Catherine también está atrapada por las interpretaciones de los hijos del general (Gilbert & Gubar, 1998, pág. 149).

Al creer que Catherine es una heredera importante, el general Tilney quiere causarle buena impresión para conseguir que se case con Henry. Sin embargo, al descubrir que Catherine no posee tanto capital la echa de su casa sin darle explicaciones. Después de una conversación con John Thorpe en la que habla de Catherine como si fuera una mujer pobre y mentirosa en busca de la gran fortuna, el general la obliga a abandonar su casa de la noche a la mañana y sin ni siquiera darle la oportunidad de comunicar la noticia con sus padres.

Ante tal agravio, Henry Tilney aparece como salvador de Catherine. Durante toda la novela, intenta sacar a Catherine de sus ensoñaciones y traerla a su propio mundo, el mundo de los hombres con educación. Cuando es vejada por su padre, es él quien va a buscarla a su casa y quien le propone matrimonio contra la opinión del general. Es él quien la atrae a un supuesto mundo real.

Lo que Jane Austen está intentando mostrar es el encierro de las mujeres al no poseer educación. Todavía se nota más en el caso de Catherine, pues ella ni siquiera ha aprendido a cómo debería “atratar” a un hombre. No sabe jugar al juego que Emma conocía tan bien. Por ello, son los demás los que la atrapan e intentan convertirla en la imagen que ven en ella. Todos menos Henry Tilney, quien logra sacarla y convertirla en su esposa. Una vez más, vemos como una protagonista de Jane Austen se aleja de su rebeldía para formar parte del cuarto que los hombres tiene reservado para ella.

En este pequeño espacio despojado de independencia y educación es imposible pensar y mucho menos tener ideas propias. Los hombres se encargan de que las mujeres no puedan crear su cuarto propio y estén subordinadas al suyo. En *Una habitación propia* Virginia Woolf ilustra esto con la metáfora de un tímido pensamiento que se le aparece mientras está sentada en el césped de la universidad de Oxbrigde. Al ser interrumpido por un bedel que le indica que las mujeres no pueden

pisar el césped, este pensamiento vuela lejos sin que ella sea capaz de retenerlo. En el espacio de los hombres no hay hueco para la independencia del pensamiento de la mujer. Lo que viene a decir la metáfora es que en un espacio denegado es imposible que algo tan pequeño como una idea pueda desarrollarse hasta convertirse en algo grande.

Pero aquí no termina esta historia de exclusión. Más tarde Virginia Woolf intenta continuar con su idea y para ello va a una biblioteca. La exclusión de este lugar a mujeres no acompañadas de profesores tiene una carga simbólica mayor. Un lugar de conocimiento cuyas puertas están cerradas solo puede significar que las mujeres no son dignas de acceder al espacio de los hombres y tampoco al conocimiento que aguarda. Sin embargo, Woolf piensa que peor es estar dentro.

¿Y qué ventajas podría tener estar fuera del sistema de hombres para alguien que dependen enteramente de su marido? Para ello tenemos que reparar en lo que Woolf descubre cuando examina las ideas de los hombres sobre las mujeres. Lo importante no es que ellos sientan más interés por ellas que ellas por ellos, o la sarta de mentira que dicen sobre el género que quieren dominar. Lo importante es la ira que les invade, la cuál cala incluso en la mente de Virginia Woolf en respuesta a este ataque.

Es sorprendente que un profesor con el poder de negar el paso a sus escuelas responda con ira ante una amenaza tan inferior como es una mujer. Quizá aquí resida la clave de todo. Los hombres no se vanaglorian en su superioridad, sino en la inferioridad de las mujeres. Necesitan que estén abajo para que ellos puedan pisarla. Su ira tiene como objetivo desarmarlas con bulos y estratagemas.

“Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada” (Woolf, 2020, pág. 48). Es por eso por lo que Virginia Woolf no quiere entrar en los cuartos de los hombres. No quiere que su propia ira se malgaste contra un poder mucho mayor que lleva subyugando a las mujeres siglos. Todo intento de confrontación es inútil. Quizá la ira y la lucha solo lleven a una constante guerra contra un poder que no juega limpio. Quizá lo mejor sea crear un cuarto propio, un espacio de mujeres con normas que nos las esclavicen.

Bibliografía

- Gilbert, S. M., & Gubar, S. (1998). *La loca del desván: La escritora y la imaginación del siglo XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Russ, J. (2018). *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*. Sevilla: Barret.
- Wollstoncraft, M. (2018). *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Woolf, V. (2020). *Una habitación propia/Tres guineas*. Barcelona: Debolsillo.